



La historia de Omár o el valor del agua

Érase una vez un hombre llamado Omár que vivía en el pequeño oasis de Izmír.

Izmír, como usted seguro que sabrá, es uno de los tantos oasis que se encuentran en la ruta de las caravanas, en su camino desde el este hacia Bagdad, pequeño, pero de suficiente importancia como para permitir la preparación de la última y más importante etapa antes de entrar en la gran ciudad.

Al ser la última gran escala, permitía dar aviso que pronto se llegaría, averiguar los precios actuales en el mercado y dejar en el oasis los objetos ya innecesarios o que podrían recoger a la vuelta y organizar la mercancía para su venta.

A pesar de que no era el más cercano de los oasis a la capital, Omár recibía varias caravanas por mes, que venían a descansar, asearse y prepararse para el tan esperado fin de viaje. Era la última gran escala, antes de llegar a Bagdad.

Disculparéis el que haya olvidado deciros que Omár trabajaba para su alteza el Sultán Solimán, me permitiréis que ponga mi mano derecha sobre mi corazón, cada vez que mencione su santo nombre, como signo de cariño y respeto al Sultán Solimán, tan querido, amado y respetado por todos sus siervos por el amor que siempre había demostrado por ellos.

Como os decía, el trabajo de Omár consistía en mantener el oasis, preparado para las necesidades de los camellos y de sus conductores, proveerles de agua, sitio para bañarse, cobijo y algún producto fresco que las caravanas no disponían.

Hacia muchos años que Izmír había sido uno de los oasis más frecuentados, debido a su belleza, sus frutos y la abundancia y calidad del agua, hasta que por alguna razón natural, el único manantial de agua que existía en el oasis fue secándose poco a poco, por lo que la inmensa mayoría de las caravanas dejaron de visitarlo por la falta no sólo

de agua, sino por la escasez de palmeras, higueras y otras plantas típicas de los oasis que daban comida, sombra y frescura durante su estadía.



No os he explicado que Omár vivía en este oasis con su esposa Rashíd y su hija Mára. Gracias a una sugerencia de su esposa, Omár consiguió el trabajo como guardián del oasis, con el compromiso de arreglarlo, canalizar la poca agua que había y cuidar de las caravanas. En compensación Omár recibía de cada persona y camello que venía al oasis, un pequeño pago, que le permitía vivir a él y a su familia.

Péro la verdadéera razón por la cual se habían enamorado del lugar, interesándose en hacer de él un verdadero hogar para ellos y sus visitantes, permaneciendo en un sitio tan alejado y solitario, era que tanto Rashid como Omar compartían una gran pasión... el escuchar cuentos, leyendas e historias de tierras lejanas, en donde ellos nunca habían estado.

Permitídmeme que os lo explique.

Cuando las caravanas llegaban y después del revuelo creado, después de los interminables saludos, los hombres de las caravanas procedían a dar de beber y de comer a sus camellos, luego, la limpieza total del cuerpo y a la hora sagrada, las oraciones. Al oscurecer, la cena y el té a la menta fresca que Rashid plantaba para ese momento, en ese instante era cuando después del primer sorbo de té, con las siempre amables frases sobre la buena calidad de la menta, el jefe de la caravana comenzaba a contar en detalle las anécdotas del viaje, unas veces eran pequeñas historias o leyendas escuchadas, otras eran los sucesos y percances ocurridos durante el viaje y otras, relatos de los sitios visitados, pero siempre sin excepción, narrados con amor.



Después de la introducción de la historia, el jefe pasaba con un gesto la palabra al miembro de la caravana que más habilidad tenía en contar historias o al que tenía relación con lo ocurrido, y siempre acontecía que la mejor aventura del viaje, la más original historia o la más peligrosa, daba pie a que en ese momento de la ruta, habían encontrado, comprado o cambiado, ese objeto especial que tanto estaban buscando para llevarles a sus amigos del oasis de Izmir: Rashid, Omar y Mára.

La pequeña Mára en brazos de Rashid, era la que siempre saltaba ante el gozo de los viajeros a recoger el regalo.

Por costumbre, era el más viejo de los camelleros el que entregaba el regalo a Mára escondiéndolo un poco para disfrutar más del momento.

Omár éra un hómbré feliz, tódos los miémbros de las tréinta o cuarénta caravánas que con regularidád hacían los viájes, sabían la pasión que los dos tenían por las histórias. Ya éra cási obligádo, cuando se encontrában várias caravánas en rúta por los distántes púntos del mundo preguntárse... ¿ya tenéis la história pára Omár y Rashíd? O ¿Qué história podemos contárles de éste bordádo de séda que hémos comprádo en Samarcánda, Catáy o Cipángo?

Las histórias siémpre tenían mágia, mistério, las mil y úna nóches de viájes acumuládas, permitían pulír y perfeccionár la história de tal manéra que sus amígos del oásis, siémpre escuchában la história, ya várias véces preparáda, contáda, repasáda, pulída y con las páusas perféctas y la entonación exácta.

Rashíd y Omár habían ganádo el aprécio sincéro de los comerciántes, por el treméndo caríño que a su vez éellos les demostrában, por el inménso cuidádo y atenciónes que les dedicában duránte su córta estáncia en el oásis y por el esfuérzo que hacían duránte las auséncias, pára preparárles el água, los frútos sécos, el pan, el té, y el cobíjo y cuando éra posíble cárne, léche y quéso de cábra.

Con ésta mézcla de aprécio y simpatía por ámbas pártes, el momento mágico de ésa priméra nóche en el oásis éra: por tódos muy esperáda, y la espéra núnca fué defraudáda.

Después del regalo y la história, el finál de la nóche llegába cuando, con el brillo de la lúna en lo áltó, las sómbras cubriéndolo tódo y el fuégo como fóco de atención, Rashíd bailába úna dánza córta, sencílla y bién preparáda, y al finál cuando desaparecía éntre los apláusos y rísas, sóbre la aréna se íban desplegádo las mántas, el fuégo se íba apagádo, y el encánto de ésa nóche quedába pára siémpre grabádo en el álma.





* * *

Péro Omár y Rashíd notában con tristéza que mes a mes, año tras año, el oásis éra más tierra y la tierra éra más aréna y la aréna cáda vez más séca. No había suficiénte água pára que las palméras y ótros arbústos creáran úna barréra a la aréna y diésen algúnos frútos. Los dátiles, los hígos, los alméndros éran cáda vez más escásos y la hiérba éra cási imposíble de encontrár, la ménta frésca que Rashíd cuidába tánto, usába gran cantidad de água. Las cábras abundántes en ótros tiémpos, que proveían léche, quésos y cárne, éran ya cási cósa del pasádo.

Ésta história no tendría más interés ni os la habría comenzádo a explicár si no fuése por lo que ocurrió a partír de ése moménto y que ha sido la bási de úna história por síglos y síglos contáda.



* * *

Un día, Omár como de costúmbre estába arreglándo el oásis, cuándo al movér únas piédras, notó que debájo de éllas, la aréna estába un póco húmeda, comprobó que no se hubiése derramádo algún líquido en ése sítio y al ver que no, comenzó a escarbár, notó que muy póco a póco péro sin lugar a dúdas, había más humidád de lo normál en ése ládo del oásis.

Con la ayuda de Rashíd, un par de ancianos y un hombre herido, que esperaban la próxima caravana para salir del oasis, lograron extraer la primera gota de agua. Durante días siguieron la veta de agua, viendo qué dirección seguía la arena más húmeda.

Labór árdua al comienzo pero cuando lograron conseguir un pequeñísimo flujo constante, la misma agua les abría el camino, agua por aquí, gotas por allá, días y noches pasaron observando, limpiando, encauzando el agua hasta que ya sin lugar a dudas, pudieron ver que tenían un manantial, el agua manaba de las piedras, el agua corría, se secaba, volvía a salir, adelantaba, se retorcía por el camino que le preparaban.

¿Habrà suficiente caudal para llegar al embalse?

¿Conseguirá suficiente nivel para que pueda pasar ese montículo?

¿Se secará con el sol de mediodía?

¿Tendrá suficiente agua el manantial para no agotarse en el verano?

Los días que tardó el agua en llegar a la alberca fueron mágicos, cada paso adelantado, cada tramo de acequia añadida era un logro que se celebraba.

¡Ah!, Cuán difícil es que el agua de un paso adelante, cuando hay millones de granos de arena sedientos, que antes de dejarla pasar, le cobran su parte.

La primera gota que debía llegar al aljibe fue esperada con un silencio absoluto, el último tramo fue interminable, Mara para ayudar al agua a hacer más rápido el camino, con su dedo lo humedecía; Mara no hagas trampas le decía Omar sonriendo, el agua habrá llegado sin lugar a dudas, cuando la primera gota caiga allí. El sonido que hizo esa gota al caer en el depósito sonó como una cascada.

Toda el agua que hasta ese momento habían probado no valía, era la que caía en el aljibe la que contaba.

Los ancianos al probarla, dijeron que era el agua más fresca y cristalina que jamás había saboreado.

Mára se púso el dédo en la bóca con las priméras gótas y Rashíd tomó un cuénco lléno de água y regó con élla su ménta y sus plántas.

Omár se reía, Rashíd éra felíz, muy felíz.

* * *

Pasáron los días y Rashíd le recordó a Omár que trabajában pára el Sultán Solimán... Su Señor (permitídme úna vez más al mencionár su santo nómbre, que póngá la máno derécha sóbre mi corazón en señal de caríño y respéto) y que éra su obligación informárle de cualquier noticia o cámbio que fuése importánte.

Tiénes razón amáda mía, débo ir a presentárme ánte él, llevándole un póco de ésta água, pára que sépa que en éste, su oásis de Izmír vuélve a habér múcha água, pára que sépa que puéde enviár si lo deséa más caravánas, mensajéros reáles, pequéñas patrúllas, sabiéndo que serán bién atendídos y mejór acomodádos. Y si Alá lo permíte, el año que viéne, habrá más cábras.

Duránte los días siguiéntes, preparó con cuidádo su viáje, la mañána de su salída, cogió água recién salída del manantiál y llenó con élla, úna preciósa botélla de vídrio, regálo muy

apreciado, que le trajo desde el lejano Egipto una caravana.

Omár nunca había visto una ciudad, pero después de tantos relatos y explicaciones se sabía de memoria los caminos a tomar.

Hizo pocas paradas, las indispensables para hacer descansar y alimentar a su camello. A pesar de ello tardó casi una semana en llegar a Bagdad.

La belleza de las vistas de la ciudad en la distancia fueron breves ya que Omár quería llegar rápido, para hablar con su amo el Sultán...



Las murallas de palacio

Al atardecer llegó frente a las puertas de la primera muralla, la cual pudo atravesar con

fácilidád ya que éra la usáda por los comerciántes, agricultóres y géntes del pueblo.

Al llegar a la segunda muralla, los guardias lo pararon, pero debido a su larga explicación, a su simpatía y a la vehemencia del tema a tratar, lo dejaron pasar con una sonrisa.

Al frente de la tercera muralla y en la puerta del palacio, Omár se topó con dos enormes guardianes, los cuales le impidieron el paso y ni se molestaron en contestarle.



Omár al ver que no podía pasar, se plantó al lado de la puerta y durante toda la noche, les explicó una y otra vez a los inmutables guardianes,

la importancia de su misión y la necesidad de hablar con su amo el Sultán. Cambios de guardia, otra vez nuevas explicaciones, hasta los primeros albos de la mañana.

Tantas veces repitió Omár su historia y con tanta vehemencia, que ¡oh! Casualidad, ocurrió que el Gran Visir pasó cerca de la muralla y el jefe de guardia, que había escuchado repetidas veces desde el interior las explicaciones, se lo contó.

Éste a su vez, prestó atención y dándose cuenta del interés de la historia ordenó que hiciesen pasar a Omár hasta que él diese nueva orden.

Cuando el sol comenzaba a borrar las sombras en las murallas, el Gran Visir se presentó como de costumbre en la sala de audiencias en donde dos veces por día, su majestad el Sultán, escuchaba a sus súbditos e impartía justicia.

El Visir, hombre muy influyente y que gozaba de la amistad y confianza del Gran Sultán, le comentó que deseaba que escuchara a un súbdito con una historia de lo más curiosa.

Úna vez los témas más importántes del día fuéron abordádos y resuélto, el Gran Visír ordenó que Omár se acercára a la sála de audiéncias.

Al ser las últimas hóras de la mañána, ya pócas persónas quedában en el recinto y después de úna indicación del Visír, Omár más pálido que la lúna lléna, explicó con pasión, lo que a Bagdád le traía.

Habló del água, del água y del água de su oásis, de su labór cotidiána, de la nuéva fuénte, de su familia, de los caméllos y las caravánas, y de los cuéntos y de las lárugas veládas.

Usó pára explicárlo el mismo sistéma que usában los camelléros, sacándo la história de las profundidádes del álma.

Al prolongárse la explicación de Omár más de los escáso segundos que úna audiéncia otórga, algúnos de los presénte se acercáron más, pára interesárse por lo que ésta persóna a tódas lúces de estaménto muy bájo, contába.

Al ver la sonrísá del Visír siémpre al ládo del Sultán, hásta los sirviénte buscában úna excúsa pára acercárse a escuchár lo que allí se contába.

El silencio, y la atención que el Sultán prestaba a la historia, hizo que el habitual murmullo de comentarios, consultas, pasos, toses... al instante cesaran... hasta las moscas dejaron de volar para ver que es lo que allí pasaba.

Cuando Omár terminó; con la mirada muy baja, se acercó a los pies del Sultán y dejó allí la botella que con tanto cariño guardaba.

El Sultán, la miró un instante y le preguntó, ¿qué habéis visto de nuestra ciudad?

Nada, Majestad, es la primera vez que visito una ciudad y llegué anoche a la puesta del sol y he permanecido al pie de vuestra muralla hasta que me ha sido permitida la entrada.

—¿Habéis comido o bebido algo?

—Sólo lo que del oasis he traído.

—Guardias... llevaos a este hombre donde no pueda ver nada, ni hablar con nadie, dádle de comer y de beber, pero nada de agua, me lo traeréis a la puesta del sol y sobre todo, con él, ni una sola palabra.

El barúllo fué monumentál, cuando el Sultán abandonó la sála, los comentários éran de sorprésa y enfádo total... ¿Cómo es posible que el Gran Sultán trate así a un súbdito tan leál? ¿Cómo es posible que lo enciérre, en vez de agradecerle sus esfuerzos? La mínima cortesía indicába que se le debía ofrecér posáda y água, los preséntes comenzáron a abandonár con rapidéz la sála y se fuéron parándo a contárle lo sucedído a tódos los que a su páso encontrában.

La notícia corrió por la ciudad como el fuégo en un cámpo de pája.

Las críticas... éran notábles... por el caríño que se esperába que su Sultán tuviése con cualquier súbdito, por la sencillez del encargádo del oásis y de la belléza y encánto de la história explicáda.

Los guárdias que tántas véces habían escuchádo la história, al repetírla; fuéron los héroes de la jórna.

* * *

A la hóra de la audiéncia de la tárde, la multitud entró en la sála pasándo los puéstos de guárdia sin que a tánta génte éellos pudiésen detenér, los soldádos que llegaron momentos más tárde, sólo

pudieron hacer una barrera alrededor del Sultán por si fuera menester.

Las horas fueron pasando, jéques, y embajadores presentaron sus respetos, misiones diplomáticas fueron despachadas, pero de Omár, ni las moscas, ahora muy atentas sabían nada.

Murmillos lejanos que se iban aproximando, demostraban que el motivo por el cual todos estaban allí, al fin había sido llamado.

Una vez más en presencia del Gran Sultán, Omár se arrodilló esperando su suerte.

El silencio, total.

—¿Si te pidiera que me contases una historia cómo la que contáis en el oasis sobre esta ciudad, que me dirías?

—Gran Señor, poco podría contaros de una ciudad que no he visitado, a menos que me pidáis, que la invente.

—Si te ordeno que vuelvas a tu oasis a continuar tu labor, que me pedirías.

—Sólo vuestro permiso.

—¿Cuál es el agua más fresca que jamás hayas probado?

—La del oasis de Izmír mi Señor, sin lugar a dudas.

—Cuando vuelvas a tu oasis, ¿qué historia alegre contarás a tu esposa y a tu hija?

Omár baja la vista y no responde.

Te ordenó pues que, vuelvas a Izmír al instante, una patrulla te acompañará un día de camino. No te detengas ni vuelvas atrás ni hables con nadie. Y prepárate como siempre el oasis, hasta que recibas mis ordenanzas.

Silencio.

Cuando Omár salió de la sala, el Sultán, como cuando anunciaba grandes acontecimientos... exclamó.

—Gran Visír, ordena a tu guardia que acompañe a Omár por el mismo camino por el que llegó hasta aquí, esta misma noche, que la luz del día le coga lejos de Bagdad.

Píde a tus guárdias que bájo ningún concépto déjen a mi súbdito desviárse de ésa rúta, que no le háblen, ni le permítan hablár ni detenérse hásta que se encuéntré bién léjos de Bagdád, que no véa, ni óiga, ni sospéche que aquí en Bagdád tenémos la mejór água. Que cáda fuéntré de ésta ciudád saciaría diez de sus oásis, péro que la belléza de nuéstrós ríos, embálses, aljibes y acéquias, no tiéne comparación con el amór de mi súbdito hácia su tesóro, el água del desiérto. Que no quiéro que úna persóna que áma tánto lo que tiéne, piénsé que no aprécio lo que me ha traído, que pára mí tiéne más valór su botélla que mil tinájas y cién fuéntes.

***Por éllo, deséo que piénsé lo que es ciérto,
que en Izmír tódos tenémos un tesoro: el água,
que yo téngo un fiél guardián,
las caravánas a un amígo
y a mí, su gésto me ha llegádo al álma.***

La génte abandonó la sála, éntre alégre y apenáda... Omár no había vísto el água de Bagdád, ni tomádo el báño en la mañána, ni escuchádo sus cascádas, ni le habían contádo algúna história pára llevár a su amáda...

Péro tampóco había sído humilládo por su botélla de água.

Van pasándo los meses de torméntas... las caravánas en ésta época no viénen y a pesár de éllo Omár y Rashíd, tiénen más trabájo que núnca, la aréna sepúlta água y árboles, el viénto rómpe rámas y cobíjos y bórra los camínos.

Un día sin esperárla, lléga la priméra caravána de la temporáda, la de un buén amigo, que por priméra vez, viéne acompañáda de soldádos, y por la indumentária y póрте de las persónas que la acompáñan, de gran importáncia.

Según parece se dirígen al lejáno Omán.

Éllos ya tiénen el oásis lísto, pára atendér la siémpre esperáda, priméra caravána.

Los dos sáben cuán importánte es ésta priméra visíta, ya que de élla depénde que la misma caravána a su vuélta, vuélva a Izmír, y que duránte su trayécto, cuando se encuéntrе con las ótras caravánas que están de retórno, las anímen a visitár su oásis.

Tódo ocúrre cómo de costúmbre, cuidádo de los animáles, limpiéza corporál, oraciónes...

Sin embargo Rashíd como mujer, nota cierta discreción y «escurrimiento» cuando trata de hablar con los diferentes miembros de la caravana, supuso que era a causa de la presencia de soldados y de un misterioso personaje que se había hecho poco visible.

Ésa noche como siempre, después de la cena, bajo las palmeras y alrededor del fuego, el desinterés y la indiferencia mostrada durante el día, se convierte, en casi exaltación cuando el jefe de la caravana comenzó a hablar.

Hace unas semanas, en nuestro pequeño pueblo cerca de Bagdad, habíamos comenzado a preparar como siempre, todo lo necesario para este viaje; Animales, equipos, enseres, mercancías con que comerciar, comida, agua y cobijos, trabajo árduo que nos impidió durante varias semanas estar al tanto de lo que ocurría en Bagdad.

Cuando una vez iniciamos nuestro viaje y pasamos delante de las murallas exteriores de la gran ciudad, los guardias nos preguntaron ¿hacia dónde nos dirigíamos y por qué camino?

Se lo indicamos y nos pidieron que antes de continuar nuestra ruta, el Gran Visir deseaba hablar con el responsable de la caravana.

La inmensa preocupación que demostré, por el problema en que podía estar metido, me fué reducida, cuando el jefe de guardia me explicó que era cosa de un par de horas y que si lo deseaba podía permitir que mi caravana se adelantara para no perder camino.

Ordené a la caravana proseguir y me presente ante el Gran Visir.

Desearía pedirte me explicó, que ya que te diriges hacia el Oasis de Izmír, permítas que una patrulla de soldados te acompañe, ya que deben llevar al oasis a una persona importante, veinte camellos con carga, unos presentes y un mensaje.

Accedí con alivio, y tras esperar unas horas, iniciamos el camino hasta aquí.

El jefe de la caravana se acercó al que debía ser por su porte, un gran personaje y recibió de él un documento.

Después de una semana de viaje, cumplo lo que me ha sido encargado al entregarte Omár, este mensaje, y las ocho cabras y dos pequeños cabritos que nos han sido muy difícil esconder durante toda la tarde.



Omár, con Rashíd a su lado, aceptó temblando el pergamino lacrado, que el jefe de la caravana le entregaba.

El jefe no se movió de su lado hasta que Omár rompió el lácre.

Al ver la primera duda de Omár y sabiendo su escasa capacidad para leer; doblando la rodilla, le tomó el pergamino y a su lado leyó.

A mi súbdito y fiel sirviente Omár:

Yo, Solimán, amo y señor del Oásis de Izmír.

Deséo canalizár las águas que hay en el oásis, pára que en el plázo de un año, si hay suficiénte águá, séa paráda importánte de tódas las caravánas que désde el éste, se acércan a Bagdád.

Pído que se préste la mayór ayúda a Taríp, mi fiél constructór de palácio, pára que comiénce el estúdio y ejecución de dícha óbra a la cuál según mis órdenes, deberá dar la máxima importáncia.

Ordéno a Omár mi súbdito, que al finál de la óbra, vénga a Bagdád con su espósa e híja, cómo mi invitádo a palácio, a informárme y contárme, en la priméra nóche de su estáncia, sóbre el águá, la comída y las caravánas, y yo, si me lo permíte, le enseñaré nuéstros baños, fuéntes y cascádas.

Envío además, várias cábras como muéstra de la confiánza que téngo, en que habrá suficiénte hiérba y águá, la más pequéña de las cabrítas, la blánca, es pára la pequéña Mára.

Mára intentó levantárse, péro fué sujetáda con caríño por su mádre, ánte el reír de los presentes.

Por último, devuélvo al Oásis, la botélla que se me entregó con el mayór tesóro de un desiérto, ahóra lléna con el mayór de los tesóros de mi palácio, perfúme de Azahár, pára que la priméra nóche de la llegáda de cáda caravána y ántes de la gran veláda, se ábra pára deléite de los que duránte tánto tiémpo han estádo auséntes de nuéstra pátria.

Pído al jéfe de la caravána que como es costúmbre, explíque úna história que háya oído, y que séa a partír de éste mométo, el contár úna história por cáda caravána que llégue, páрте de la priméra veláda.

Yo Solimán El Magnífico

El jéfe de la caravána, sacó de úna bólsa, la botélla que Omár había llevádo a Bagdád, la abrió un instánte cérca del fuégo, y cuando vió que Rashíd al recibír el aróma, se cubría los ójos pára sentir con más inténsidád el perfúme, volvió a su sítio en el círculo y cómo tántas ótras véces había hécho, tomó un sórbo de té y comenzó.

Quiéro ésta nóche explicár la extraordinária história de úna botélla de água que se convirtió en perfúme de azahár y de los divérsos incidéntes que

ocurrieron durante ese tiempo para que tal prodigio aconteciera.

Érase una vez un hombre llamado Omár que vivía con su esposa Rashíd y su hija Mára en el pequeño Oasis de Izmír...

* * *